

vora y la muerte un mundo que se limpia y aproxima», dando «ánimo para siempre».—ARTURO TRONCOSO.

<https://doi.org/10.29393/At161-281EDMB10281>

LA EDAD DESPAREJA, novela por *Enrique Amorim*

Enrique Amorim madura y se perfecciona. Quien esto escribe, que no es profesional de la crítica ni lo pretende, lo constata con la satisfacción de quien previó un seguro porvenir literario al autor de «Veinte años».

Pero la marcha ascendente de este hombre joven y laborioso, que saltando apenas una generación, retoma con renovada energía el impulso y el empuje punteador y fecundo de sus abuelos portugueses, ha de singularizarse por un incesante progreso más que por esos relámpagos imprevistos con que se nos revelan, después de sus tanteos, algunos escritores.

Al contrario de los que construyen las armazones completas de sus fábricas y luego carecen de material adecuado para levantar los muros y dar cumplimiento a la exigencia estética de los adornos—indispensable complemento del buen gusto—Amorim acopia material excelente y valiosa exuberancia de elementos y riqueza ingente de color y de línea casi como un alarde de poderío y de potencia.

¿Y lo otro? Lo otro se olvida, un poco más que se descuida, y es aquí donde, a nuestro criterio, encontramos el punto vulnerable de sus realizaciones.

¿Existe un prejuicio de nuestra parte al emitir esa opinión? ¿No hay más, vale empecinamiento del autor, en insistir en procedimientos técnicos, cuya pésima recomendación es el estar un tanto en moda?

Recalcamos esto porque consideramos fundamental la arquitectura de una obra y es lástima que ésta se resienta de lo

indicado, cuando las extraordinarias dotes del escritor comentado lo capacitan ampliamente para superar ese inconveniente.

Es más, nos permitimos afirmar que Amorim ya es un novelista de primer orden, a quien si no opusiésemos esos reparos tan sinceros como precisos, tendríamos que rendirle los acatamientos a que se hace acreedor su dominio magistral de la mayoría de los resortes de esa rama literaria.

Sabemos que Amorim, frente a una aseveración de esta naturaleza ha de quedar algo perplejo, quizá en la misma situación de uno de sus héroes afanado en una conquista difícil, en cuya continuidad y en cuyo dilatarse el éxito finca el mayor y subconsciente encanto y que, de pronto, se encuentra con la bella entre los brazos!

Porque este hombre, que ha hecho una especie de apasionado deporte del triunfo, da idea de que con eso se propone llenar su vida, pero no cree demasiado en la realidad de esa meta, y puede parangonarse a un ateo que juega a rezar y en una de esas, como quien dice a la vuelta de una esquina, se topa con Dios!

Amorim parece que no tomara en serio ni eso ni la vida.

Es que tiene el pudor de los poetas que se disimulan tras el humorismo y que ocultan el amargor de una lágrima entre la superficialidad bien educada de una sonrisa.

En resumidas cuentas, sostenemos que le falta orden al último libro de Amorim; que carece de unidad novelística; que exhibe exceso de elementos innecesarios a la economía de la obra, defecto evidente en libros como «La carreta» y que, casi inadvertido en «El paisano Aguilar», reaparece como reafirmando un concepto formal, con el que—naturalmente—no estamos de acuerdo.

Significa esto que esperamos más de Amorim y nos congratularíamos que él, en idéntica aspiración, coincidiera con nosotros.

Y entremos en la novela, en ese bosque denso y lujurioso, en ese maremágnum palpitante, donde se nos ocurre que a la mano diligente que planta y fecunda, sólo le falta la podadora, el nivel

y el rodillo, para que el equilibrio y los senderos nos permitan el discurrir armonioso por este mundo vivo y viviente donde están, en su medio natural hombres y cosas, pasiones y paisajes, ideas y sueños.

«La edad despereja», que es la historia derramada, según el novelista, desparramada, dispersada y dispersiva, en mi concepto de un joven porteño moderno, se inicia con lo que los italianos denominan «un vero pezzo di bravura». Esa pintura de la sala de la Biblioteca Nacional, con su ambiente, su olor, su color, su silencio y el montón de figuras inclinadas sobre las mesas y los libros, entre la claridad discreta de las luces y el mecanismo normal de los empleados que cumplen automáticamente sus funciones, es realmente admirable. Lo es también la presentación de María, elemento eje de la obra y al cual, sin embargo, el autor parece no quisiera darle importancia.

No es menos notable el cuadro luminoso y fresco del pinar de Carrasco, cuando Abelardo conoce a Alicia y así los tipos y el ambiente de los Pocardí; los amores con Dora; cierta visión del Buenos Aires viejo; el colorido de la capital argentina en la actualidad y esa pintura de una evidencia cruda y deslumbrante del Saladero, como el relieve de los colonos o la sinfonía de la tapera.

Además, condición sobresaliente de la obra, junto a la silueta estupenda de más de un centenar de tipos y de escenarios, se constata una penetración y una acuidad psicológica sutil y fina, percibible en la fácil estructuración del pensamiento claro y rotundo o en la gracia y el graficismo de los diálogos manejados con la soltura de hombre avezado y versado en ese subterráneo mundo de las almas ajenas.

Pese a las observaciones y reparos que nuestra ansia de perfección nos impone objetar al novelista, el balance le es preponderantemente favorable, hasta el punto que no existe capítulo en el cual no encontremos una expresión, un atisbo, un pensamiento o un giro poético, dignos de alabanza y encomio.

Esa empingorotada señora Reguieri es un prototipo burgués de primer agua. Su religiosidad tan cómoda, que le permite colocar una oración mística ante el altar y simultáneamente acostarse con tan perfecta feminidad con el amante, tenía necesariamente que culminar en la ceremonia grotesca de la arbitraria consagración divina de sus amores pecaminosos en la iglesia pueblera, en cuya puerta el cura, sin querer-queriendo, encubre el sacrilegio mundano.

Las muchachas de Montevideo poseen un relieve, equivalente por lo bueno y preciso al novelista criollo, a Lidia, a Severo, Diana, al viejo Pocardí o a Juan Smith y se expresan todos en su idioma adecuado, como se mueven en su marco realizado con la misma precisión y color en la calle porteña, la capa del colectivo en un cafetín—el encuentro de Abelardo con el hombre maduro que se le parece, es una página magnífica, dúctil y fresca—; en la playa—las observaciones sobre este medio son de una agudeza, una penetración y un realismo sagaz—o en el campo o en la intimidad del apartamiento de las citas.

En resumen, una densidad y una riqueza (donde palpita cierta reprimida inclinación sociológica), que excede a la exigencia del volumen, lo que vuelve un tanto embrollada y confusa «La edad despareja», cuando su calidad y su cualidad sobran para realizar una obra verdaderamente representativa.

Queda también un poco en el aire la relación del título con la esencia de la obra, despreocupación que parece está en línea de tolerancia con sus fantasmas y en su negligencia de creador bondadoso, que puede hacer pensar en la consecuencia de una posición psicológica.

Quizá Amorim persigue algo, pero no lo quiere bien, profunda, dolorosa, apasionadamente. Parece que sólo a solas se encara con su seria, grave y grande responsabilidad de escritor. Aparenta no tomarse en serio y se viste con esa despegada «nonchalance» que termina por reflejarse en su obra.

Sin pensarlo, nos sale al encuentro el pensamiento de Buffón

de que el estilo es el hombre. Pero aquí entramos quizá en el plano del estilo vital del hombre.

Dijimos de Amorim, que madura.

Confiamos en que continúe en esa evolución, que nos lo cambiará perfeccionándolo, creciendo, con su estatura, la de su obra.—MONTIEL BALLESTEROS.

ÉPOCA DEL ALMA, por *Chela Reyes*.

Después de leer este volumen constatamos cuán acertado es el título. Sin duda no es esta la obra definitiva de Graciela Reyes, sino la imagen fiel de una época transitoria de su alma. Hay material poético, pero no siempre se logró vaciarlo en forma viva y musical. Recordamos la estrofa de Sully Prudhon:

El bronce sin cefigie es riqueza ilusoria,
es preciso grabarla.
Tengo el fuerte metal para adquirir la gloria
y no puedo pagarla.

Nos corrobora en este concepto el hecho de que los trabajos mejor logrados sean los que se conformaron con la prosa. «Épita-fio», y principalmente «Otoño», son excelentes poemas y nadie puede quedar indiferente a la expresión de la melancolía penetrante, a la fuerza de las imágenes, a la aptitud y transparencia del estilo, que se adapta al contenido como una cascada a las salientes de su cauce.

Hacemos excepción a lo dicho anteriormente en favor de los poemas «Recuerdo», «Romance de la niña y el río», «Uva». Los poemas «Canto profundo» y «Totem» son vagos e indeterminados en su contenido y por eso no se puede exigir en ellos mayor precisión al estilo.